

006

Los pobladores negros • Pedro Ruiz García



**Pedro Ruiz García** nació en Quintanar del Rey, Cuenca, en 1978. Es maestro y ha trabajado en diferentes colegios de Castilla la Mancha y en centros educativos españoles del exterior, en Colombia y Marruecos.

*Los pobladores negros* es su sexta novela. Entre sus publicaciones anteriores cabe destacar *El enigma del scriptorium* (SM), finalista del Premio de Literatura Juvenil Gran Angular y del Premio Hache de Cartagena; *Lástima no ser un héroe* y *Nadie dijo que sería fácil* (Sial-Pigmalión); *Aventura Espacial* (Bruño); y *La oveja Obe*, que consiguió el Accésit del Certamen Nacional de Calamonte.

Está especializado en Literatura Infantil y Juvenil, y participa habitualmente en actividades de Encuentro con el autor en colegios e institutos. Si quieres conocer más sobre él o sus obras:

[www.pedroruizgarcia.com](http://www.pedroruizgarcia.com)



Cepa\_006

*Obra ganadora*

PREMIO  
NOVELA JUVENIL  
CEPA 2015







La vida no es fácil en la aldea de René. La mayor parte de las cosechas van dirigidas a mantener el ejército del Rey Darko que, con mano férrea, controla el reino de Poemaria. Y aunque la mayoría de los jóvenes ya se han enrolado en el ejército en busca de un futuro mejor, René está decidido a continuar cuidando de su madre y de la granja.

Todo cambia el día en que un misterioso caballero ayuda a René a salir de un difícil aprieto. Presenciar cómo derrota a un grupo de soldados de la Guardia Blanca solo es la primera de las sorpresas que le aguardan; va a adentrarse en un mundo de artes mágicas que hasta ahora desconocía, y le será revelada una parte de su pasado que nunca hubiera sospechado.

En su camino para devolver al reino su pasado de justicia y prosperidad, René cuenta con inesperados aliados: la matriarca Aiag y los Pobladores Negros.

«—Comprender cuál es tu lugar en el mundo es vital. Y para ello, primero resulta imprescindible conocerte a ti mismo (...) Si eres capaz de observar con detenimiento, harás el mayor descubrimiento que puedas imaginar.

—¿Qué descubrimiento? —preguntó René.

—¡Tu insignificancia! ¡Tu pequeñez comparada con el mundo! La principal barrera para el crecimiento de cualquier persona y para hallar su propia felicidad, es ella misma.»



*Pedro Ruiz García*

# ***Los Pobladores Negros***

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 47)

© Pedro Ruiz García

© Tandaia, s.c.

Rúa Uxío Novoneyra, 2  
Santiago de Compostela  
15706 A Coruña

Mail: [tandaia@tandaia.com](mailto:tandaia@tandaia.com)

[www.tandaia.com](http://www.tandaia.com)

ISBN 978-84-944738-x-x

Depósito legal: C xxx-2015

Diseño de cubierta: © Tandaia

Imagen de cubierta: ©

Diseño y maquetación: Tandaia, s.c.

Imprime: Podiprint

## 1. RENÉ

RENÉ TENSÓ EL ARCO y se concentró en su objetivo.

—Calma y pulso firme —se dijo en un susurro.

Conocía la técnica a la perfección. Respiró y se tomó todo el tiempo del mundo. Intentó no pensar en nada que no fuera el blanco al que apuntaba. Sin apresurarse, dejó que la delgada cuerda se deslizara por sus dedos. La flecha salió disparada.

—¡Maldita sea! —se lamentó.

La flecha se había clavado en la base de uno de los centenarios troncos; a más de medio metro del conejo que, en realidad, era su objetivo. Se trataba de su séptimo intento tras dos horas de persecución. René no solía darse por vencido fácilmente, pero era consciente de que el manejo del arco no era una de sus cualidades.

Se hacía tarde. El sol no tardaría en ocultarse y si seguía jugando a ser un gran guerrero su cena terminaría escabulléndose.

Decidió que si no era por las buenas sería por las bravas. Abandonó su escondite y caminó lentamente hacia el conejo. Se encontraba a unos diez metros cuando el animal se puso en estado de alerta. Había escuchado sus pisadas, por lo que era inútil seguir ocultándose. Corrió hacia él tan rápido como fue capaz, obligándole a huir por el estrecho sendero que descendía hacia el río. El conejo empezaba a cobrar ventaja. Pero, de pronto, una cuerda se estrechó sobre su pata y lo dejó colgando de la rama de un árbol.

René se aproximó con una sonrisa que le cruzaba de oreja a oreja. Puede que no fuera muy diestro con las armas, pero ningún chico de la aldea de Brosli podía presumir de atrapar tantas presas mediante trampas como él.

Cortó la cuerda con su afilado cuchillo y metió al pequeño animal en la bolsa de cuero que colgaba de su cinturón.

—Mamá y yo cenaremos caliente esta noche —dijo, satisfecho.

Se encontraba anudando la bolsa cuando, inesperadamente, escuchó el ruido de unas ramas partiéndose a su espalda. La escena que descubrió al girarse casi le detuvo el corazón. Cinco soldados de la Guardia Blanca lo contemplaban desde sus enormes monturas.

Lo primero que se le pasó por la cabeza fue echar a correr. El único de los hombres que vestía capa, una amplia capa blanca que caía sobre los cuartos traseros del caballo, pareció adivinar sus intenciones.

—No es buena idea —advirtió a la vez que desenvainaba unos centímetros el mango de su espada y mostraba parte del brillante acero.

Los bosques, todos los bosques de Poemaria, pertenecían al rey Darko. Y solo los soldados podían ca-zar en ellos. La condena por incumplir esta ley era de dos años de trabajos forzados en las canteras del rey.

## 2. EL CAPITÁN DE LA GUARDIA BLANCA

EL SOLDADO QUE HABÍA TOMADO LA PALABRA desmontó de su caballo con un rápido movimiento. Echó la capa blanca hacia un lado y se quitó el casco plateado, dejando al descubierto unos mechones largos y rubios. Era un hombre alto y fornido.

—¿Nadie te ha explicado que este bosque pertenece al rey? — preguntó.

René no despegó los labios.

—¿De dónde eres? —volvió a interrogar el soldado de la capa.

—De Brosli.

Los ojos claros del soldado se entornaron y las agradables facciones de su cara se endurecieron de pronto.

—Las cosas no pintan nada bien para ti, chico. Si hay algo por lo que el rey Darko siente menos aprecio que por los ladrones, es por las gentes de tu aldea.

—Cazar para tener algo que comer no es robar —se defendió René.

—Si no eres soldado, cazar en los bosques del rey sin su permiso te convierte en un delincuente.

—Todos los bosques de Poemaria pertenecen al rey, ¿dónde se supone que debo cazar entonces? —se atrevió a refutar René.

—¡Vigila tus palabras, muchacho! —intervino uno de los soldados a caballo—. Estás hablando con Asime, capitán de los ejércitos de la Guardia Blan...

El de la capa levantó una mano, y su subordinado se interrumpió de inmediato.

—El rey Darko es quién protege los caminos que pisas y la aldea donde vives —retomó la palabra el tal Asime—. Quizá seas demasiado joven para saber que fue él quien puso fin a las guerras y recuperó nuestro desaparecido ejército.

René tenía exactamente los mismos años que el rey Darko llevaba en el poder. Quince. Por lo que no había vivido aquellos tiempos de guerra. Y sí, alguien en la aldea había contado en alguna ocasión que el rey Darko, en sus inicios, fue un gobernante justo que devolvió la paz al reino. Pero el presente que él conocía era muy distinto. La comida escaseaba, y el hambre y la necesidad eran tan numerosas en Poemaria como sus tropas.

Asime realizó un gesto a uno de los soldados y este le pasó una cuerda. Anudó uno de los extremos a su montura y, sujetando el otro cabo, avanzó hacia René. Las piezas de su armadura cenicienta emitieron un sonido metálico con cada paso.

—El rey también nos devolvió la justicia —agregó Asime.

A pesar de lo que sentía, René se mordió la lengua. Era consciente de que cualquier cosa que dijera solo empeoraría su situación. Sopesó sus posibilidades de huida y el resultado no le pareció nada alentador. En

aquella zona los árboles formaban numerosos claros y los caballos podían moverse con facilidad. Esta vez, el bosque de los Pobladores Negros se encontraba demasiado lejos.

René era un joven de considerable estatura y complexión fuerte. Las duras jornadas en la granja habían modelado su cuerpo a base de trabajo, y sus largas caminatas entre colinas y bosques, le conferían suficiente agilidad para superar todo tipo de terrenos y obstáculos. La opción de escapar afloró de nuevo en su cabeza, sin embargo, rápidamente llegó a la conclusión de que no contaba con ninguna opción de éxito.

Eran cinco contra uno, y ellos iban armados y a caballo. Terminarían atrapándolo y el castigo sería doblemente duro.

—¡Alarga los brazos! —ordenó el capitán Asime, resuelto a maniatarlo.

Resignado, René obedeció.

El caballero de la capa blanca apretó el nudo sobre sus muñecas y volvió a montar.

Inesperadamente, una voz surgió desde la espalda de los soldados.

—¡Los animales del bosque son sus únicos dueños! —la inflexión de la voz resultaba llamativa; profunda pero apacible.

Asime y los cuatro soldados de la Guardia Blanca llevaron las manos a la empuñadura de sus espadas y se giraron con brusquedad.

Tanto ellos como René no salían de su asombro.

Un caballero de armadura negra había surgido de la nada.



## 3. EL CABALLERO DEL YELMO NEGRO

RENÉ JAMÁS HABÍA VISTO un caballo de pelaje tan blanco.

Tal vez fuera por el contraste de la oscura armadura de su jinete, de un negro tan intenso que parecía absorber el resto de colores. O por el aspecto siniestro que le confería el yelmo que le cubría el rostro. Lo cierto era que el animal parecía emanar un brillo propio.

Sin apartar los ojos del caballero de negro, Asime mantenía su actitud amenazante.

El solitario caballero continuó aproximándose, sin mostrar ningún temor ante los soldados.

—¿Qué clase de justicia te condena por cazar un conejo? —el oscuro yelmo con forma de rapaz que le ocultaba el rostro distorsionaba ligeramente sus palabras.

—Así lo establecen nuestras leyes.

—Tal vez eso explica que de todos los reinos que he recorrido, en ninguno la miseria abunde tanto como en este.

—Te recomiendo que sigas tu camino. Este asunto no te incumbe —le advirtió Asime.

—El chico debe acompañarme —dijo el misterioso caballero.

René lo miró lleno de sorpresa.

—¿Quién? ¿Este? —exclamó un soldado en tono despectivo.

—El muchacho va a ser juzgado —añadió el capitán.

—¿Por cazar un conejo? ¡No me hagas reír!

Asime se esforzó para contenerse.

—Los soldados son los únicos con derecho a cazar. Está escrito en las leyes.

—Las leyes del Rey Darko son un reflejo de la injusticia con la que gobierna.

—No toleraré que hables así del rey.

—Tu rey —continuó el caballero de negro— solo se preocupa de multiplicar sus ejércitos. Mientras los habitantes de Poemaria se esfuerzan por cultivar los campos y cuidar el ganado, comprueban cómo todo su sacrificio se dedica a abastecer a las tropas. Cada día son testigos de cómo la necesidad se apodera un poco más de sus hogares. Un rey que permite que sus habitantes mueran de hambre no tiene autoridad sobre su pueblo.

—¡No toleraré que nadie ofenda al rey! —bramó Asime a la vez que desenvainaba su espada.

Con un gesto tan veloz que casi resultó imperceptible, el caballero de negro agarró el arco que colgaba de su montura y disparó una flecha que rozó la mano del capitán de la Guardia Blanca, obligándole a soltar la espada.

René, Asime y los cuatro soldados no habían salido de su asombro y el caballero del yelmo negro ya tenía tensado de nuevo el arco. Una segunda flecha cortó la cuerda que apresaba a René con una precisión sorprendente.

El rostro de Asime había enrojecido de ira. En todos sus años como capitán de la Guardia Blanca ningún rival había conseguido desarmarle.

René no lograba reaccionar.

—¿A qué estás esperando?! —le gritó el caballero de negro—. ¡Huye!

—¡Ocupaos del chico! —indicó Asime a dos soldados a la vez que recuperaba su espada.

Estos rodearon a René.

Mientras, tanto el capitán como los otros dos soldados blandieron sus armas y avanzaron hacia el enigmático jinete.

—¡No pueden atraparos! —exclamó el caballero de negro.

Con la frase aún resonando en la cabeza del chico, el solitario jinete puso su caballo al galope. Asime y los dos soldados que le acompañaban salieron en su persecución.

René solo era un humilde campesino que jamás había salido de su aldea. «Debe confundirme con otra persona —pensó».

Aprovechando el revuelo, René frotó una muñeca sobre la otra hasta que logró aflojar el nudo. Su única intención era escapar.

—¡Ni un solo movimiento! —le advirtió un soldado. Desmontó y caminó hasta la cuerda.

En cuanto la agarró, René tiró tan fuerte como pudo e hizo caer a su captor. El otro jinete realizó una cabriola con su caballo cerrándole el paso. El joven cayó desequilibrado y, justo cuando los cascos del inmenso

animal amenazaban con aterrizar sobre su cuerpo, rodó hacia unos arbustos cercanos. Se puso en pie.

René sabía que todas sus posibilidades pasaban por correr. Así que no pensó en nada más. Apretó los puños y movió las piernas tan rápido como fue capaz. No necesitó girarse para comprobar que los hombres de la Guardia Blanca cabalgaban tras él; escuchaba tan cercanos los bufidos de los caballos que parecían resoplar sobre su nuca.

A medida que se acercaban al río la vegetación se volvía más densa. Los corceles tenían dificultades para moverse entre los numerosos matorrales, pinos y encinas; lo que le sirvió a René para mantener unos metros de ventaja.

Al alcanzar el puente de madera sintió que lo había logrado. Aquel puente marcaba el límite del bosque de los Pobladores Negros.

Como imaginaba, nada más penetrar en él, los soldados detuvieron sus majestuosos caballos pardos. Vieron como René se perdía entre los peculiares árboles de madera negra y se alejaron.

## 4. EL BOSQUE DE LOS POBLADORES NEGROS

CUANDO SE SINTIÓ FUERA DE PELIGRO, lo primero que cruzó por la mente de René fue la imagen del misterioso jinete de armadura negra. «¿Habrà logrado huir?». Fue un breve pensamiento. Le había salvado, sí, pero restaban otros problemas de los que preocuparse.

La idea de regresar a casa era tentadora, sobre todo pensando que su madre y él hoy no tendrían que cenar puré de puerros. Sin embargo, la Guardia Blanca podía estar vigilando los caminos. Lo más prudente era esperar unas horas mientras avanzaba la noche. Y sabía perfectamente dónde pasar ese tiempo.

Durante un buen rato fue dejando atrás la densa arboleda. Conocía bien el paraje y caminaba sin prisa. Allí no había motivo por el que correr. En aquel bosque maldito y marcado por oscuras supersticiones nadie se atrevía a pasar. No había de quién huir.

Él lo llevaba visitando desde los ocho años. Desde que un día se desorientó, lo traspasó de forma casual y descubrió las ruinas de piedra de un antiguo poblado. Su madre acababa de fabricarle su primer arco y andaba a la caza de un grupo de perdices. Como a todos los jóvenes, le habían advertido en cientos de ocasiones que no debían cruzar al otro lado del río:

«Donde se pierden en el cielo las copas de los árboles,  
y sus troncos son oscuros como noches sin luna, detente y huye.

Es un páramo fúnebre, prohibido para los mor-tales.»

Las historias que se escuchaban en Brosli y en el resto de aldeas de Poemaria, hablaban de antiguos y siniestros Pobladores Negros. En ellas se contaban que este pueblo estaba formado por sanguinarios brujos y brujas que practicaban artes oscuras, arcaicas. Y que fueron los culpables de la gran guerra que se desató en Poemaria. Por fortuna, el rey Darko se enfrentó a su brujería y acabó con todos ellos. Habían transcurrido quince años desde que la Guardia Blanca ganó aquella batalla, no obstante, el bosque de los Pobladores Negros continuaba siendo un lugar maldito. «Adentrarse en él es una terrible ofensa contra las almas negras que allí perecieron y que, con total seguridad, te atormentarán en esta vida y en la otra».

A pesar del temor que todo el mundo dedicaba a aquellas advertencias, René no creía en la brujería ni en supersticiones. Y no porque poseyese un valor excepcional o fuera diferente al resto de habitantes de Poemaria. Simplemente, pensaba que aquellas habladurías no tenían ningún fundamento. De hecho, en algunas de las historias que conocía los Pobladores Negros no eran ni sanguinarios ni crueles.

Las historias que conocía: esto era lo que en realidad le diferenciaba de los demás. Historias que los chicos de su edad jamás habían escuchado y que el tiempo parecía haber borrado del recuerdo de los más ancianos. Historias que nadie más parecía saber. Que nadie le había contado.

Al llegar a las ruinas en las que un día vivieron los Pobladores Negros, sintió un intenso escalofrío en la espalda.



Siempre le ocurría lo mismo. Aunque en los años que llevaba frecuentando aquel lugar nunca se había cruzado con nadie, necesitaba asegurarse de que se encontraba solo. Por más que lo visitaba, no conseguía evitar recorrer con la mirada las casas derruidas y desiertas a la vez que se cercioraba de que lo que creía escuchar no eran voces ni pisadas, sino el viento susurrando entre las plantas y hierbas de las calles empedradas.

A las afueras de las ruinas se encontraban las dos únicas casas que conservaban parte del techo. A ellas fue donde, siete años atrás, le condujeron las aves que perseguía cuando estrenó su arco. Y oculto en una de las casas permanecía cuando disparó su primera flecha. Aquel día, René no acertó a su presa —que apostada en lo alto de una rama echó a volar— pero el lugar donde se clavó la flecha acaparó toda su atención.

Por muy extraño que le resultara, camuflada entre las copas de aquellos interminables pinos de corteza negra, parecía dibujarse una ventana.

## 5. LA CABAÑA ESCONDIDA

SIN DEJAR DE AGUDIZAR LA VISTA, René salió de la casa en ruinas y se aproximó hasta los árboles sobre los que creía haber visto la ventana.

Nada.

Empezaba a convencerse de que su imaginación le había gastado una mala pasada. Y fue concretamente al dejar de mirar hacia arriba cuando se percató del detalle. Una docena de pinos crecían en un puñado de terreno; apenas separados por un paso entre ellos. A un metro y medio de altura, en uno de estos troncos especialmente grueso, descubrió dos ramas por las que se podía trepar. No significaba nada, pero tampoco tenía otra cosa mejor que hacer. Al alcanzar la segunda rama vio que en el árbol contiguo otras dos permitían seguir ascendiendo. Luego, dos más en el tronco de al lado. La sucesión de ramas proseguía como una escalera de caracol hasta perderse entre la maraña de hojas y ramificaciones de las copas de los pinos.

Al cabo de quince metros de subida, una trampilla camuflada daba acceso a un lugar tan sorprendente que René ni siquiera hubiera sido capaz de imaginar que existiera.

Se trataba de una cabaña. Una cabaña grande de una sola habitación con una considerable mesa circular en el centro. Y en torno a ella siete sillas. De las cuáles, una era de mayor tamaño que el resto. La luz entrando a raudales por las ventanas provocaba un llamativo contraste con la oscura madera del suelo y el techo. Pero lo más sorprendente eran las cientos, miles de pequeñas y estrechas cajas que se apilaban desde el suelo hasta el techo y que cubrían las cuatro paredes de la estancia.

Desde que trepó a la cabaña por primera vez habían transcurrido unos cuantos años. A René se le erizó la piel de los brazos al echar la mirada atrás. Sin embargo, aquel lugar había cambiado su vida y recordar aquellos días le producía una sensación de lo más reconfortante.

Desde entonces, pocos eran los días que, una vez terminada su labor en la granja que atendía junto a su madre, no había acudido a aquel lugar secreto y lleno de energía.

Energía.

Esa sería la palabra perfecta para describir lo que sintió René el día que comenzó a comprender el significado de aquellos objetos. Una descarga de poderosa energía.

Tomó asiento en una de las sillas de menor tamaño, encendió un candil de aceite y siguió recordando.

Se quedó tan impresionado por su descubrimiento que todas las tardes se adentraba en el bosque de los Pobladores Negros y pasaba largas horas en la cabaña. Investigando uno a uno aquellos objetos. Analizando minuciosamente su contenido. Se trataba de unos artefactos fascinantes compuestos de cientos de partes unidas entre sí por uno de sus lados alargados. Igual que pequeñas cajas, delgadas y rectangulares, que no había visto jamás. Ni en Brosli ni en ningún otro sitio de Poemaria.

Por fuera, estas cajitas eran de colores y tamaños diferentes. Y salvo porque algunas estaban decoradas con dibujos, por dentro resultaban exactamente iguales. Iguales y repletas de símbolos sin sentido aparente.

No obstante, cierto día empezó a comprender que las peculiares cajas poseían una especie de código interno. Unas claves por las que era posible interpretar su contenido. Descubrió que eran muy parecidas entre sí pero no idénticas. Después de muchas observaciones, lentamente, comprobó que cada una era única. Diferente. Genuina.

Cuantas más horas invertía, cuanto más buceaba en su interior, mayor fascinación le despertaban aquellos objetos. Empezó a comprender que si las analizaba parte a parte, las cajas eran capaces de transmitirle conocimientos y multitud de historias. Historias ocurridas años atrás y en aquellas mismas tierras. Historias que hablaban de tiempos de paz y sin grandes ejércitos. Donde la gente no era esclava de su trabajo, sino que el

trabajo solo era una parte más de sus vidas. Donde periódicamente se celebraban ferias ambulantes, mercados y había tiempo para festivales. Pero sobre todo eran unos tiempos en los que existían miles, incluso millones de aquellas peculiares cajas.

Gracias a lo que le transmitían las propias cajas descubrió que recibían el nombre de libros, y que al arte de unir e interpretar los símbolos le llamaban leer.

René había aprendido a leer por sí mismo.

## 6. LOS JÓVENES DE BROSLI

ERA TARDE.

La luna se encontraba en el ciclo en el que desaparece del cielo, y la luz que reflejaban las estrellas apenas permitían dilucidar un par de metros.

René había recorrido en decenas de ocasiones el trayecto que le conducía desde el bosque de los Pobladores Negros hasta su casa. Conocía de memoria las bifurcaciones del camino. Y por muy cerrada que fuera la noche no necesitaba ver más allá del siguiente paso para moverse por aquellas sendas.

Al llegar a casa empujó la puerta de madera con un suave movimiento. Se había retrasado demasiado. Si su madre estaba durmiendo sería mejor no despertarla.

Las viejas tablas del suelo estaban comidas por la carcoma y a cada paso produjeron un chirrido crispante. El débil resplandor de la chimenea alumbraba tímidamente el interior.

De espaldas y junto al fuego, una mujer se encontraba sentada en una mecedora. Se trataba de Laia, su madre. Lo único que asomaban de ella eran sus manos pequeñas y delicadas, y su pelo largo y del mismo tono castaño que el de René.

Este pensó en llegar de puntillas hasta su habitación y acostarse sin cenar, pero la voz de su madre le obligó a cambiar de estrategia.

—Es muy tarde —dijo Laia. Su tono resultó tan tranquilo y sereno como las aguas de un lago.

—Mira lo que he atrapado —respondió René, sacando el conejo de la bolsa de cuero—. Lo podemos preparar para el almuerzo. O incluso esta misma noche.

—Prefiero no tener con que cenar a no saber dónde estás después de que oscurezca.

La mujer se ayudó de las muletas que había apoyadas junto a la mecedora y se puso en pie. Por primera vez dejó al descubierto su rostro de piel morena. Poseía unas facciones armónicas, aunque sus ojos marrones parecían demasiado cansados.

—No es ningún juego —continuó—. Deambular de noche por los caminos es muy peligroso. Además, cazar en los bosques está prohibido.

—Los animales del bosque no deberían tener dueño.

—¡Ya no eres un niño! —perdió la calma Laia—. ¿Qué es lo que pretendes? ¿Qué te encarceren? ¿Qué te obliguen a enrolarte en su ejército?

—Sabes que no quiero ser soldado.

La mujer respiró hondo y trató de calmarse. Ella rara vez perdía los nervios.

—Perdona —se disculpó—. Me aterra pensar que ya no queden jóvenes en Brosli.

—¿Isaac y yo no contamos? —René intentó suavizar la conversación.

—Su madre me ha dicho que se inscribirá la semana próxima.

—¿Cómo? —se sorprendió René—. ¡Me dijo que jamás se alistaría!

—Son tiempos de escasez, hijo. No se lo reproches. Aquí no tenéis futuro. En cambio, la Guardia Blanca os ofrece un uniforme limpio, unas monedas semanalmente, un gran caballo con el que alardear, festines con abundante comida y bebida... A veces pienso que también lo entendería si tú te alistaras.

—Eso no va a ocurrir. Saldremos adelante. En unos meses la cosecha estará lista para la recolección y...

—Y los soldados volverán —lo interrumpió su madre— para dejarnos solo el grano suficiente para cultivar un nuevo año.

René permaneció con la mirada distraída unos instantes. Pensó en lo ocurrido con la Guardia Blanca y el caballero de negro. Dudó en contárselo.



Con su madre no tenía secretos. Sin embargo, cada vez estaba más convencido de que había determinados temas por los que sufría demasiado y de los que era mejor no hablarle. Por ejemplo, todo lo que tuviera algo que ver con el rey Darko y la Guardia Blanca. El bosque de los Pobladores Negros se trataba de otro de los lugares que era mejor no mencionarle.

Recordó el día en el que le confesó que se adentraba a menudo en él y que había descubierto una cabaña repleta de libros.

— ¡No sé de dónde sacas esas tonterías! — le respondió ella después de escuchar su historia.

— Pero, mamá, no me lo he inventado — se ofendió René.

— ¡Silencio! — su madre no solía gritar—. No quiero oír hablar de ese tema nunca más. Y mucho menos que lo hables con nadie. ¿Has escuchado? ¡Con nadie! — zanjó el asunto.

Obedeció. Jamás le había mencionado a nadie la cabaña, pero no poder compartir con otra persona la fascinación que le producían los libros le provocaba una enorme tristeza.

— No quiero ser soldado — volvió a afirmar René—. Y no me convencerán con privilegios. Además, alguien debe cuidar las tierras de la granja, ¿no?

No lo dijo. Seguramente nunca se lo diría, pero la principal razón no eran las tierras. Desde hacía algunos años, Laia padecía una enfermedad que iba arrebatándole fuerza de los músculos. Andaba a duras penas y siempre con la ayuda de las muletas. Cada vez que realizaba algún esfuerzo le invadían unos dolores terribles, y si salía a la calle, nunca iba más allá de la plaza. Veía pasar la mayor parte de las horas del día tumbada en la cama o sentada en la mecedora.

— Ven aquí — le pidió a René.

Él se acercó a regañadientes, aunque finalmente se enredó en el abrazo que le ofrecía.

Su padre murió en los tiempos de guerra, antes de que René naciera. Y los dos sabían que solo se tenían el uno al otro.

—Será mejor que comas algo. He preparado puré de puerros.

A pesar de que era la cuarta vez que cenaban puré de puerros aquella semana, se sentó en la mesa sin una sola queja.

Aquella noche tardó varias horas en conciliar el sueño. En la casa solo había una cama que su madre y él siempre habían compartido. Últimamente, René se colocaba dándole la espalda para que ella no se percatara de que tenía problemas para dormir.

Cada vez le ocurría con mayor frecuencia. Su cabeza se empeñaba en imaginar los tiempos pasados, en los que la vida giraba alrededor de los libros, y una tremenda desazón le oprimía el estómago. Sentía pena. Pena por todas las historias que los habitantes de Brosli y de Poemaria no conocían. Y que puede que jamás conocieran.

También pensaba en sus amigos. Había crecido con ellos pero paulatinamente habían ido enrolándose al ejército. Los novatos eran instruidos y destinados a las fronteras de los cuatro rincones del reino para luchar en los diversos frentes abiertos con los territorios vecinos, por lo que a muchos de ellos era posible que no los volviera a ver jamás.

En el ejército gozaban de numerosos privilegios, pero a René no le producía envidia alguna la vida militar. No se sentía cómodo con las armas, y jamás renunciaría a las miles de historias que ocultaba la cabaña escondida por unirse a la Guardia Blanca.

René era consciente de lo que suponía vivir con libros y sin ellos. Y comparaba cómo sería la vida de sus amigos y la suya. Desde luego, a ellos no les faltarían ropas elegantes, abundante comida, presas de caza, leña para calentarse durante la noche... Sin embargo, no lo cambiaría por uno solo de los universos a los que los libros le habían transportado.

Y aunque las historias, los mundos que había conocido y las emociones que había sentido junto a sus personajes no se podían ver ni

tocar, él, por dentro, se sentía más grande que cualquier otro chico. A pesar de que la escasez se extendía por igual en todos los hogares de Poemaria, consideraba que su vida estaba más llena. Más completa.

## 7. LAS CAMPANAS DE BROSLI

TODAVÍA NO HABÍA AMANECIDO.

—No te muevas de aquí. Iré a ver qué ocurre.

La voz de su madre le resultó apresurada.

René dormía profundamente. Por lo que le costó unos segundos comprender que el repicar metálico que escuchaba era el tañer de las campanas de la aldea.

Su madre se levantó de la cama. Se vistió y abandonó la casa ayudándose de las muletas.

El aviso de las campanas a semejante horas solo podía significar una cosa: uno de los emisarios de la Guardia Blanca iba a hacer público un comunicado. Y era imprescindible que todos los ciudadanos acudieran a la plaza de la aldea para escucharlo. Lo llamativo era que esto nunca ocurría tan temprano.

René se sentó en el respaldo de la cama y agudizó los oídos. Un mal presentimiento le había quitado el sueño. Comenzó a escuchar una voz potente y autoritaria. Resultaba algo distorsionada pero una cosa parecía clara: sus palabras no eran amigables.

Laia se unió al resto de vecinos que se congregaban en la plaza. Todos permanecían en completo silencio y con el semblante similar al de los asistentes a un velatorio. Al reconocer al caballero que hablaba, ella también palideció. Se trataba del rey Darko en persona.

—Mi ejército os protege de los delincuentes — gritaba a la multitud —. Os defiende de los reinos vecinos y vela por la seguridad de vuestros hogares por las noches. Pero sobre todo hace cumplir la ley. Alguien de esta aldea no solo se dedica a robar la caza de los bosques, sino que además se alía con enemigos que atacan a la Guardia Blanca.

Un inquietante silencio precedió a las palabras del rey.

—¿Es justo que uno no cumpla la ley a la que todos estamos sujetos?  
—planteó.

Los últimos días habían sido lluviosos y la plaza del pueblo se había transformado en un barrizal. René se adentró en ella por una calle estrecha y poco frecuentada. Como esperaba, encontró a la muchedumbre de espaldas y en el extremo opuesto.

Durante toda la noche había albergado la esperanza de que la Guardia Blanca le hubiera restado importancia al incidente. Sin embargo, ahora, al ver semejante ajeteo se reprochó haber sido tan ingenuo. Estaba prácticamente convencido de que aquel revuelo se debía a su encontronazo con los soldados, pero para terminar con la incertidumbre no le quedaba otra opción que seguir aproximándose y escuchar las palabras del hombre a caballo.

Un carro vacío en las inmediaciones le pareció un lugar apropiado para pasar desapercibido. Iba a empezar a correr hacia su nuevo escondite cuando sintió que dos manos de hierro lo agarraban de los brazos.

Los soldados de la Guardia Blanca no llegaron a mediar palabra con René. Avanzaron atropelladamente entre la multitud y lo arrojaron a los pies del caballo del rey.

—Es él —corroboró Asime. El capitán de la Guardia Blanca acompañaba al monarca.

El rey Darko lo observó con desprecio.

—Ladrón, traidor a su pueblo —enumeró— y además tan torpe que ni siquiera es capaz de mantenerse oculto. En fin, qué se puede esperar de un pueblerino de Brosli... ¡Condeno al chico a dos años de trabajos forzados por robo! ¡Y a diez más por atacar a la Guardia Blanca! ¡Lleváoslo!

Laia no pudo reprimir un grito. En un acceso de ira, la madre de René, se enfrentó a los soldados que sujetaban a su hijo. Uno de ellos intentó reducirla pero la mujer le arrebató un cuchillo de su cinto y le amenazó.

—¡Soltad a mi hijo!

Dos soldados acudieron en defensa de su compañero.

El rey Darko también se aproximó. Parecía divertirse con el giro de la situación. Sin embargo, al descubrir a la mujer, la sonrisa de su rostro se transformó en una mueca de incredulidad.

–Tendría que haber imaginado que regresarías a esta patética aldea  
–susurró el monarca.